

Foto: ManRoVal

# Hacia una nueva experiencia de Emaús

Por ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ

Desde hace aproximadamente tres lustros, y de manera más bien discreta, la Pastoral de Cultura ha ido produciendo frutos notables en nuestra Iglesia. En todas las diócesis las publicaciones católicas han ido saliendo del estrecho marco parroquial y han alcanzado un número de lectores apreciable, en la misma medida que sus páginas se han abierto a temas tan variados como la historia, la bioética, la axiología, el arte y la literatura, y en sus debates participan no sólo autores católicos, sino figuras competentes de nuestro panorama intelectual. La creación de aulas o cátedras para la exposición y el debate de ideas –baste con recordar una de las de más añeja andadura, el Aula Bartolomé de las Casas, auspiciada por los padres dominicos- ha ido de la mano de otras iniciativas destinadas a desarrollar una labor docente al amparo de los templos y casas religiosas en materias tan diversas como Antropología, Computación, Valores, Idiomas, lo que muchas veces logra apoyarse en el trabajo de bibliotecas pertenecientes a un centro o a una diócesis, cuyo prestigio las hace congregantes para grandes grupos de estudiantes y creadores.

A esto habría que sumar lo que en el terreno artístico ha representado la labor de SIGNIS, heredera de la tradición del trabajo de los cineclubes y la Oficina Católica de Cine; el concurso de música religiosa “Perla Moré”, o el notable Centro Cultural y de Animación Misionera que los padres claretianos animan en Santiago de Cuba, en diálogo con lo mejor de la vanguardia artística cubana. No se trata de inventarlo todo, sino de constatar, sin estéril complacencia, que quizá nos encontremos en un momento singular de nues-

tra historia eclesial, donde, sin desdeñar otros momentos y personalidades, se ha logrado una labor consciente, austera y fecunda en el terreno cultural. Épocas hubo en que esta pastoral tuvo mayores recursos materiales y quizá humanos, pero tal vez ninguna en que se haya trabajado con tanta seriedad y empeño, pensando más en el hacer que en el tener.

¿Qué méritos pudieran registrarse en esa labor? Quizá el fundamental es el haber comprendido que la Pastoral de Cultura es una forma singular de la misión ad gentes, a la que hemos sido convocados por Cristo: educar, transmitir valores, ayudar al prójimo en el continuo proceso de edificarse como persona con toda su dignidad y, así mismo, reconocer en la antiquísima vía pulchritudinis un sendero privilegiado para guiar a los hombres hacia Dios.

Se va venciendo, tanto a nivel de jerarquía eclesiástica como en la feligresía, la desconfianza hacia esta pastoral, tantas veces considerada como superflua o decorativa, en la medida en que vence también la proverbial prevención hacia los intelectuales. ¿Hemos alcanzado el nivel ideal? No, ni siquiera el satisfactorio, pero parece que van quedando atrás los tiempos en que los empeños culturales de los padres Gaztelu y Chaurrondo o de laicos como Dulce María Loynaz y José Lezama Lima parecían extravagancias individuales, o peor, síntomas de carencias en la vida espiritual.

Si examinamos nuestras revistas, los cursos de nuestras aulas y cátedras, los programas de encuentros intelectuales y hasta el contenido de veladas y tertulias artísticas se hace evidente un grupo de preocupaciones comunes: las reflexiones sobre la historia –social y eclesial- destinadas a echar

a un lado el estéril “presentismo” para conocer mejor qué hemos recibido del pasado y qué distingue nuestra época de otras; el énfasis puesto en las virtudes privadas y cívicas y en la tradición de la escuela, religiosa o laica, en Cuba como medio privilegiado de transmitir valores; el mérito otorgado al diálogo con un sentido socrático de búsqueda en común de la sabiduría y la certeza eclesial de que tiene una palabra que decir en los más ardientes areópagos actuales: el mundo de la economía, la bioética, los medios de comunicación, la renovación de la enseñanza, son algunos de los rasgos más notables de esta labor.

Sin lugar a dudas, quien hojea hoy una revista como *Verdad y Esperanza*, o *Palabra Nueva*; o presencia un concierto de navidad en la Catedral habanera; o es invitado a un debate convocado por el Centro Cultural Católico “Félix Varela”, se siente embargado por un sano optimismo y puede correr el riesgo de un análisis demasiado simple: “las cosas hoy, en 2010, marchan mucho mejor que en 1990, que en 1970 y hasta que en 1960, por lo que es evidente que hacia 2020 sean todavía más fáciles y brillantes.” Hay que tener cuidado con esa ingenua teleología.

Hasta hace pocos años muchas de las dificultades de la Pastoral de Cultura eran atribuidas al ateísmo oficial, que parecía colocar cualquier iniciativa eclesial en un plano de confrontación. La visita de SS Juan Pablo II y la modificación de la Constitución para definirnos como un estado “laico” permitieron una indudable distensión y una apertura en el intercambio con pensadores y artistas muy alejados de la vida eclesial, pero interesados en conversar sobre problemas e intereses comunes. Tan elocuente ha sido la presencia en el Aula Bartolomé de las Casas de figuras como Alfredo Guevara y Roberto Fernández Retamar, como que en el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano uno de los premios sea ofrecido por SIGNIS, o que en los debates sobre cuestiones de historia, sociedad, bioética, junto a intelectuales cristianos, se sienten figuras de probada filiación marxista.

Esto pudiera hacer pensar que las principales dificultades han sido allanadas y que junto al retroceso de la “guerra fría”, todo se hace mucho más sencillo. No es así. Un peligro mucho mayor que el “ateísmo científico” crece cada día en el mundo y Cuba no está ajena a él. El llamado pensamiento posmoderno, con su tendencia a la fragmentación, la negación de los metarrelatos, la relativización de la Verdad y el más rampante pragmatismo, ha ido derivando en la conciencia popular hacia un neopaganismo de sabor bastante decadente. El hombre común de hoy, sin saber que está repitiendo a tantos hombres y mujeres de los tiempos de decadencia del mundo antiguo, puede repetir aquello de “comamos y bebamos que mañana moriremos”<sup>1</sup>. A las religiones establecidas se opone una especie de buffet de creencias, y cada quien escoge: dos cucharadas de autoayuda, una de brujería, el exquisito aderezo de la mística oriental y se

acompaña con una bebida light llamada New age. Cada cual parece tener derecho a su pequeñísima verdad y desde ella a establecer su moral, sus derechos, su concepto de persona y los límites...bueno, cuando alguien señala límites se convierte, sea un líder religioso, o político o intelectual, en una especie de enemigo público.

Se nos dirá que tal cosa es más propia de Europa o Norteamérica que de nuestra Isla, pero yo diría que ya he constatado sobradamente que aunque sea de forma vulgar y caricaturesca ese pensamiento está entre nosotros. Son muchos los que sin haber leído a ningún teórico de la posmodernidad –o habiéndolo hecho rápido y mal- suscriben este neopaganismo –absolutamente desustanciado de los valores humanistas que este pudo tener, por ejemplo, en el Renacimiento- y centran su existencia en el propio placer y en el tener, repiten hasta la saciedad que todas las verdades son relativas y en materia de religión aseguran que solo importa “lo que yo creo y siento, como me convenga” y de hecho ese creer y sentir siempre está alejado de toda voluntad de conversión, de ahí que sea más fácil para muchos cumplir con los rituales de ciertas prácticas mágicas, tan marcadas hoy como fuente de prestigio social, que renovar su existencia al llamado de Cristo.

Un pensamiento tan “débil” se extiende con mucha más facilidad que una filosofía sistemática y compleja, porque en última instancia lo que la gente retiene es que ha nacido para vivir a su placer y que todo aquel que le ponga cortapisas a este es un enemigo potencial. Aquí tiene la Iglesia el más grande de los desafíos. Ya no se trata de vencer la desconfianza de un anticlericalismo de raíz liberal-positivista-materialista, sino nada menos que una actitud antirreligiosa, que puede hasta solaparse dentro de las propias comunidades de creyentes, en personas formalmente vinculadas a ella en la práctica ritual, pero muy alejadas en cuanto a su conducta personal.

Si hasta hace poco nuestros agentes de pastoral suponían que lo más difícil estaba en el desafío de cómo dialogar cristianos y marxistas, creo que hoy la pregunta es más compleja y sería algo así como: ¿Cómo voy a anunciar el Evangelio de modo convincente a los intelectuales neopaganos que creen que toda verdad termina en los extremos de su cuerpo, y a las personas que sostienen que el creer (en lo que sea) está divorciado del ser (porque soy lo que me dé la gana) y aún a los que no creen en autoridad alguna, díganse las “tribus urbanas” de los jóvenes de la calle G, sean “emos” o “góticos” y hasta “vampiros” –aunque no creo que beban otra cosa que su estéril ociosidad enajenada?

El desafío es tan grande que hace pensar en San Pablo, a quien no sabemos qué le dolió más, si el ser azotado y encarcelado en tantas ocasiones, o recibir la burla de los filósofos griegos en el Areópago ateniense. Como él, hay que ser a la vez firmes, creativos y valientes. No se trata de amenazar,

pero tampoco de complacer, rebajando el mensaje cristiano para que guste a los oyentes. Defender la Verdad, sobre todo si es esa que emana de Cristo, lleva el signo de la cruz, del abandono y la corona de espinas.

En circunstancias tan difíciles, no hay otra opción para nuestra Iglesia –toda ella, no sólo su jerarquía – que ejercer su magisterio con una apoyatura especial en el diálogo y de forma privilegiada con los intelectuales. Ante tantos modelos en quiebra se impone la búsqueda de un humanismo nuevo, como reclama Benedicto XVI, “abierto al Absoluto”<sup>2</sup> y que siga la tradición clásica del dialogar, al modo socrático y platónico, para hacer nacer del encuentro la claridad del hallazgo.

¿Sobre qué tendríamos que dialogar en nuestras circunstancias? Es tan amplia la posibilidad de agendas que me aventuro a proponer algunos puntos que considero vitales:

-La familia: Mientras más se repite en la actualidad aquello de que la familia está en crisis y se llega a afirmar que la familia tradicional tiene que desaparecer, más obligada queda la Iglesia a defender los valores que encarnan en el modelo cristiano de familia. No se trata de proponer un esquema invariable – de hecho la familia de los primeros tiempos del cristianismo, la de la época de los Reyes Católicos, la de los tiempos de nuestras guerras de independencia y la de hoy no son idénticas y ninguna puede ser considerada con exclusividad modelo de familia cristiana, porque en ellas hay, junto a valores permanentes, elementos temporales y cambiantes según la economía, la política, la cultura de cada época.

Lo importante será preguntarse: ¿Cómo debe ser la familia cristiana en Cuba hoy? ¿En qué valores hay que educar a sus miembros? ¿Cuáles son sus fortalezas y cuáles sus debilidades? ¿Cuánto preservar de la familia tradicional y cuánto purificar para hacerla más vital? ¿Cuáles de los reclamos que hoy se levantan desde el punto de vista psicológico, educativo, cultural, sobre las familias, son compatibles con la visión cristiana del mundo y deben ser integrados a ellas, y cuales son opuestos y deben ser rechazados sin temor y con meridiana claridad aunque esto traiga “mala prensa” a la Iglesia?

Estoy convencido de que cualquier empeño cultural profundo que se emprenda a nivel eclesial debe comenzar a cimentarse no sobre individualidades selectas –aunque estas colaboren de manera apreciable en estos procesos-, sino implicar en la base de ellas a nuestras familias. Sólo con familias sólidas y sanas puede crecer una nación, vencer cualquier crisis y convertirse en esa ecclesia doméstica que es el fundamento de la Iglesia mayor.

-La educación sería el segundo punto a tener en cuenta. Nuestra Iglesia tiene una experiencia apreciable en este campo y basta con recordar el papel que en la enseñanza cubana tuvieron el Seminario San Carlos y San Ambrosio, el de San Basilio, la Universidad de La Habana y otras muchas

instituciones, más allá de cualquier limitación. Hoy, cuando la Iglesia no posee planteles para impartir una educación general católica, ha centrado sus esfuerzos en desarrollar una labor pedagógica subsidiaria y que sólo en apariencia es inferior a la de otras épocas, como los seminarios de verano para maestros o las verdaderas escuelas parroquiales y conventuales que a partir de variados programas formativos reciben a niños, jóvenes y adultos.

Es mi opinión personal que de estos proyectos sensibles, útiles y originales, es de donde renacerá la enseñanza católica en Cuba. No creo que ella pueda venir de la devolución o “restauración” de la que tuvimos en otro tiempo: la Universidad de Santo Tomás de Villanueva o el Colegio de Belén, por poner un par de ejemplos, tuvieron sus méritos históricos y también sus limitaciones, no me parece que aunque se pudieran reabrir sin más, podrían satisfacer las necesidades de un país y una Iglesia que ya no son iguales. Es preciso continuar con esa labor de enseñanza antropológica y cristocéntrica, abierta al crecimiento del saber en el mundo, con una visión católica y universalista, pero fuertemente inculturada en la tradición pedagógica, las necesidades y el temperamento de esta Isla, sin que eso implique chovinismo ni xenofobia.

- El tercer punto vital estaría relacionado con los nuevos areópagos y los espacios de diálogo. Es preciso mantener y hacer crecer los espacios ya creados, dar todavía mayor fuerza a nuestros nacientes centros culturales católicos, mantenerlos abiertos al diálogo con el mundo y evitar que sean lugares destinados a “cocinarnos en nuestra propia salsa”. Favorecer los proyectos que signifiquen una continua invitación al encuentro con estudiantes, maestros, investigadores, creadores artísticos y literarios de cualquier pensamiento, con la única condición de que haya la adecuada dosis de buena voluntad en cada uno, para que el acercamiento no se agote en fórmulas de cortesía y planteamientos generales, sino para que todos podamos aprender y crecer juntos.

A la par de esto, la labor de las bibliotecas, las publicaciones católicas, la creación de audiovisuales y el vasto mundo de la informática siguen siendo desafíos, no sólo desde el punto de vista de la preparación técnica, sino de la sensibilización respecto a las urgencias actuales de la evangelización.

- El cuarto y último punto que quiero señalar tiene que ver con la creación artística literaria, es decir con ese mundo de la belleza que de manera singular nos acerca a Dios por la llamada *via pulchritudinis*. Como afirmé en el pasado mes de octubre en mi intervención ante el III Encuentro Continental de miembros y consultores del Consejo Pontificio de la Cultura, es preciso entre otras urgencias intelectuales:

- Cooperar con las autoridades de cada país en la protección del patrimonio cultural relacionado con la tradición religiosa: templos y conventos, archivos, colecciones de arte,

bibliotecas. Tratar de tomar la iniciativa en la promoción de los valores del arte religioso autóctono y potenciar la organización de museos, pinacotecas de tema sagrado, festivales de música religiosa. El mundo de hoy busca un referente en el arte sagrado de otros tiempos, procuremos ponerlo de modo adecuado a su alcance. Este puede ser una vía privilegiada de llevar la semilla evangélica a los intelectuales.

- Favorecer, siempre que sea posible, un nuevo tipo de mecenazgo, derivado de la gran tradición católica, para el fomento de la creación literaria y artística. La Iglesia tiene valores que ofrecer a los creadores y puede estimular la forja de obras que a través de la belleza comuniquen valores espirituales perennes. Para ello es necesario que haya especialistas conocedores del lenguaje del arte contemporáneo para evitar una actitud ultraconservadora que aleje a los artistas.

Vienen al caso las palabras de SS Pablo VI en aquel mensaje que dirigió a los artistas el 8 de diciembre de 1965 y que está entre los documentos conclusivos del Concilio Vaticano II:

“Hoy, como ayer, la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros. Ella os dice, por medio de nuestra voz: No permitáis que se rompa una alianza fecunda entre todos. No rehuséis el poner vuestro talento al servicio de la verdad divina. No cerréis vuestro espíritu al soplo del Espíritu Santo.

Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo ello está en vuestras manos”<sup>3</sup>.

Sin lugar a dudas no son estos los únicos puntos en los que tendría que ocuparse una pastoral de cultura, pero a mi juicio son los más urgentes. Ahora que el humanismo tradicional está amenazado en todas partes, la invitación de Maritain a fundar un humanismo cristiano e integral vuelve a convertirse en una urgencia. Él nos advirtió proféticamente en 1947, en su libro *El alcance de la razón*: “el único modo de regenerar la comunidad humana es volver a descubrir la verdadera imagen del hombre y realizar un intento definitivo para erigir una nueva civilización cristiana, una nueva cristiandad”<sup>4</sup>. Es la misma ansia que puso Pablo VI en la edificación de la “civilización del amor” y la que Juan Pablo II tenía en mente al pedir la “globalización de la solidaridad” y el fundamento del “humanismo cristiano” que Benedicto XVI reclama en *Caritas in veritate*. No olvidemos que en diferentes épocas ha tocado a la Iglesia convertirse en custodio y diseminadora de la sabiduría, como ocurrió, por ejemplo, en el siglo V después de Cristo, durante la decadencia del Imperio romano, cuando Casiodoro fundó aquel monasterio de Vivarium, que atesoraba todo aquel saber que afuera parecía haber perdido su valor, pero que luego volvió

a derramarse sobre los hombres ávidos de él.

¿Hacia donde hemos de caminar con la Pastoral de la Cultura? Hacia lo que yo llamaría “la experiencia de Emaús”: así como Cristo va al encuentro de aquellos dos discípulos cabibajos que no encuentran sentido a sus vidas después de la Pasión y comparte con ellos el camino, la reflexión sobre las Escrituras y la modesta cena donde se les ilumina en el acto de partir el pan<sup>5</sup>, así, nosotros, Iglesia, tenemos que ir junto a cada uno de los cubanos –estén donde estén– para acompañarlos, ayudarlos a sanar decepciones, rencores y pesimismo, motivarlos a escuchar de nuevo el mensaje de la Resurrección y compartir el pan en la misma mesa con ellos.

Hubiera querido cerrar estas páginas con la cita de alguno de esos hermosos poemas que ha inspirado a la lírica cubana el pasaje de la aparición de Cristo a los discípulos camino de Emaús. Sin embargo, mientras procuraba hallarlo en mi biblioteca, volvía, una y otra vez a mis oídos ese canto de Perlita Moré, lleno de melancólico sabor vespertino y marcado por el ritmo de habanera: “Quédate, buen Jesús que anochece/ quédate, que se apaga la fe / que las sombras...”. Nada mejor que ese canto para recordarnos que Cristo nos ha hecho testigos y dispensadores de la esperanza. De nosotros depende que otros descubran un rostro reconfortante en su camino, que las sombras retrocedan un poco más y podamos anunciar con fe viva que el alba está cercana. Quédate, pues, Jesús con nosotros, también hoy y por siempre.



Notas:

<sup>1</sup>Is 22,13. Véase también el segundo capítulo del Libro de la Sabiduría, donde la exposición del “programa de vida” de los impíos tiene un fuerte sabor “posmoderno”.

<sup>2</sup>Caritas in veritate, 78.

<sup>3</sup>Pablo VI: Mensaje a los artistas. 8 de diciembre de 1965. Traducción al español tomada de Internet.

<sup>4</sup>J. Maritain: *El alcance de la razón*. [1947]. Emecé Editores. Buenos Aires. 1959. P. 304.

<sup>5</sup>Lc 24, 13-35.